

PRÓLOGO

La microhistoria de este libro se remonta a unos cuantos años atrás, cuando Juan Jesús Padilla Fernández era un estudiante de la licenciatura de Historia en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Su interés por la arqueología, su pasión por aprender y su carácter generoso y siempre dispuesto a ayudar eran inmensos y casi a partes iguales. Fue Juanje quien me buscó y encontró —para mi suerte—, no al revés. Su trabajo final de licenciatura (2009) fue muy bueno y entonces ya tuve la convicción de que podría hacer cuanto se propusiera. Uno puede ser amable y aun solícito con los estudiantes en la dirección de trabajos de investigación, pero en algunos casos creo que son ellos los que ponen algo especial que los individualiza sobremanera, los hace diferentes, y ofrecen —además de mucho talento— una relación intelectual y afectiva casi mágica, que constituye la mejor gratificación para un docente. Desde que tuvimos largas conversaciones en el tramo final de su tesis doctoral, descubrí de forma natural y placentera que Juanje me estaba enseñando muchas cosas:¹ era yo el que aprendía. Pero, cuando la situación es a la inversa, pienso que es lo mejor a lo que se puede aspirar en la enseñanza universitaria (o mejor: ¿aprendizaje mutuo, colectivo?).

Desde entonces, y en muy poco tiempo, Juan Jesús Padilla ha producido un notable elenco de publicaciones innovadoras, muchas de ellas internacionales; ha viajado mucho, con estancias en prestigiosos centros de investigación extranjeros

(Universidad de Tubinga, Universidad de París-Nanterre) en los que se ganó el aprecio y admiración de colegas; ha participado en numerosos congresos, seminarios, conferencias y trabajos de campo, y ha empezado a ganar posiciones académicas relevantes a pesar de su juventud. Su talento para la investigación y comunicación corre pareja a su entusiasmo y capacidad para transmitirlo.

De su tradición familiar traía un bagaje muy importante, ya que su padre es alfarero en Bailén (Jaén). Luego su decisión de estudiar las cerámicas de la Edad del Hierro, no en la forma tradicional de tipologías, cronologías y análisis comparados, sino desde la perspectiva de los procesos productivos, con un enfoque etnográfico y antropológico, contaba de partida con una experiencia insustituible para hacer algo novedoso. Porque el autor ha crecido cocinando cerámicas y, junto a su padre, ha construido hornos, réplica de estructuras ibéricas, para hacer arqueología experimental. Además de interesantes publicaciones, ha sido invitado a ir a China para presentar su trabajo de experimentación de cocción en horno prehistórico. También ha trabajado en Egipto y Serbia documentando el trabajo de alfareros tradicionales. Sin duda alguna, es apreciable que la semilla más importante para su investigación la puso su familia.

En las excavaciones que habíamos realizado en Las Cogotas (Cardenosa, Ávila), entre 1986 y 1990, uno de los hallazgos más espectaculares e interesantes fue el de un complejo alfarero, en la parte baja del segundo recinto del *oppidum*, cerca de una puerta de acceso.² El descubrimiento de

¹ Su tesis doctoral «Identidades, Cultura y Materialidad Cerámica: Las Cogotas y la Edad del Hierro en el Occidente de Iberia» se defendió en la Universidad Complutense de Madrid el 31 de octubre de 2018. Con Mención Europea, obtuvo la máxima calificación y fue Premio Extraordinario de Doctorado.

² Resultados parciales se publicaron en varios trabajos, pero no se abordó el estudio a fondo del alfar. Un avance que se puede ver en Salas Lopes (2008) y Padilla Fernández, Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís (2018).

cenizales de vaciado de hornos, estructuras de cocción, estancias para modelar cerámica con torno y departamentos para guardar adobes y fabricados cerámicos, constituye un caso bastante excepcional en el mundo del interior peninsular y un escenario único para estudiar cómo funcionaba un taller de alfarería de la Segunda Edad del Hierro. Con la experiencia práctica del autor, los datos del alfar de Las Cogotas, inteligencia y estudio, mucho estudio, se ha logrado el excelente libro que el lector tiene en las manos. Una nueva mirada a las cerámicas de la prehistoria final, al trabajo de los alfareros y los procesos de organización y producción cerámica. Y cabe recordar que las cerámicas —los vasos y modestos fragmentos cerámicos— son las «tarjetas de visita» más numerosas, ubicuas e informativas que nos ha dejado la gente de la Edad del Hierro. Por eso, dar sentido a las cerámicas equivale casi a dárselo a la vida de aquellas personas. Desde ese punto de vista, el complejo alfarero de Las Cogotas es «algo más que un taller cerámico»: es una radiografía esclarecedora del ADN cultural de aquella comunidad y, por extensión, de otras muchas diseminadas por las tierras meseteñas del interior peninsular en las postrimerías del primer milenio antes de la era común.

Uno de los peligros de los estudios arqueométricos, en general, y de las cerámicas prehistóricas en concreto, es quedarse en los datos analíticos, interesantes y necesarios sin trascender a una interpretación histórica que coloque a las comunidades del pasado en el centro de atención, especialmente con la gran complejidad de subcampos que la configuran hoy día.³ Es verdad que los estudios pioneros en España, como los de Manuel García Heras (2003), encontraron muchas dificultades y no todo el reconocimiento merecido, hasta el punto de pensar si eran «malos tiempos para la lírica». Pero aquellos valiosos trabajos inaugurales son los que han permitido llegar a investigaciones notables, a pesar de las limitaciones que todavía existen (Montero Ruiz, García Heras y López-Romero, 2007; y, especialmente, García Heras, 2020), como esta obra.

El libro está organizado en cinco grandes capítulos escritos casi íntegramente en formato modular, para facilitar la lectura autónoma e independiente, pero al mismo tiempo tendiendo puentes y pasarelas entre ellos. Los capítulos I y II plantean el punto de partida sobre Las Cogotas, el yacimiento clave estudiado a fondo en la perspectiva cerámica, y trazan una mirada crítica historiográfica sobre su significación cambiante y la creación de una «cultura arqueológica». El

capítulo III, sin embargo, actúa a modo de plataforma para el estudio posterior; dibuja un sólido armazón de la perspectiva teórica y metodológica adoptada, descendiendo a consideraciones críticas sobre las relaciones entre personas, objetos y la sociedad, el concepto de *agency*, la complejidad de las identidades del pasado, la categorización de la cadena operativa —la famosa *chaîne opératoire* (Pigeot, 2011; Audouze y Karlin, 2017)— y la propuesta metodológica analítica que va desde la búsqueda, selección, extracción y transporte de las materias primas necesarias hasta la extracción de los recipientes cerámicos del horno una vez concluida la cocción. El capítulo IV, el más extenso, es el núcleo medular del libro con el análisis del registro cerámico —con algo más de 5000 piezas estudiadas—, diferenciando y caracterizando las producciones del Bronce Final, la plena Edad del Hierro y los conjuntos vasculares de finales del Hierro. Y, por último, el capítulo V presenta las interpretaciones de las producciones cerámicas a la luz de las identidades de la Edad del Hierro, a modo de conclusiones, pero reflexionando siempre sobre los problemas y limitaciones del estudio y apuntando sugerencias operativas de cara a la investigación futura.

El aparato gráfico es muy completo y claro, y revela un esfuerzo por hacer ver de forma complementaria lo que se dice en el texto. Las figuras que sintetizan las cadenas técnicas operativas (CTO) de las tres etapas cronoculturales (figs. 4.10, 4.15 y 4.42) son extremadamente valiosas como compendio de conocimientos y como propuesta metodológica. Y las ilustraciones —reconstrucciones artísticas— de Ortega Alonso respiran credibilidad por el diálogo profundo que revelan con el autor y la perseverante búsqueda de base científica hasta donde resulta posible.

En conjunto, este libro ofrece una mirada novedosa sobre las cerámicas de la Edad del Hierro, muy valioso por los conocimientos que aporta y su metodología de trabajo, con el claro objetivo de encontrar a las personas detrás (¿o mejor dentro?) de las cerámicas y las innovaciones tecnológicas (Burmeister y Bernbeck, 2017; Roux, 2019). Pero me atrevería a decir que casi tan importante como lo anterior son las sugerencias, las vías nuevas que plantea y aún las líneas que abre como meras posibilidades o conjeturas que resultarán, sin duda alguna, productivas en el futuro próximo.

Entre las nuevas aproximaciones para repensar los significados de las cerámicas protohistóricas, pienso que comprender la variabilidad de conjuntos cerámicos es fundamental para poder conocer los rasgos de la producción, la organización social del grupo y el grado de especialización —especialmente el nivel de estandarización e intensidad de la producción—, para identificar las denominadas *social signatures* (Harush *et al.*,

³ Véase Liritzis *et al.* (2020), y para la situación española véase nota 5. Una crítica y recelo justificado de algunos trabajos arqueométricos con el problema comentado en González Ruibal (2012a: especialmente p. 104).

2020). En definitiva, cómo se está analizando un tipo cerámico específico mediante la integración de datos cuantitativos y métodos sofisticados de visualización de perfiles (Harush y Grosman, 2021). Sin olvidar que determinados procesos, como el aprovisionamiento y procesado de materias primas —más invisibilizados en los estudios arqueocerámicos—, pueden ser indicadores más sensibles para la identificación de la producción estandarizada que la mera variabilidad del perfil de los recipientes; y también que una alta estandarización parece más conectada con la escala de producción que con el uso del torno (Fagnoli, 2021).

Como bien señala el autor, hay que esforzarse por conseguir que las cerámicas *hablen*, para intentar que se conviertan en *espejos* de las sociedades protohistóricas que las produjeron y usaron. Dejando bien entendido que esa traslación, o reflejo especular, nunca será nítida, y que la tarea consistirá en mejorar continuamente las imágenes para conseguir cada vez mayor nitidez.

Otros temas que se me antojan cruciales son: 1) la comprensión y lógica de los espacios de producción, los alfares (Denti y Villette, 2019; Hasaki y Bentz, 2020), funcionalmente pero también con análisis de circulación y grado de accesibilidad a los distintos ámbitos de los talleres,⁴ y su ubicación en relación con el espacio de habitación; 2) los tipos de torno alfarero, los procesos de adopción de la tecnología y los mecanismos y ritmos de expansión del torno,⁵ y la ayuda de estudios etnográficos que evalúen el grado de *expertizaje* y los lazos entre sociedades/comunidades

no conectadas (Roux, Bril y Karasik, 2018), sin olvidar el papel crucial de la experimentación (Beyries, 2020; Alonso, Canales y Baena, 2017); y 3) abrir una perspectiva de co-evolución tecnológica (Martín-Torres, y Rehren, 2014; Erb-Satullo, 2020) o «innovación holística» (Chen, Yin y Mei, 2018) considerando la innovación del torno de ceramista en paralelo con las evoluciones y adopción de, por ejemplo, la metalurgia de hierro (Killick, 2015; Champion, 2018; Erb-Satullo, 2019), los molinos circulares⁶ y otras innovaciones tecnológicas de la Edad del Hierro.

Este libro estudia un yacimiento arqueológico emblemático e indirectamente el área del occidente meseteño en la Edad del Hierro, valora los trabajos anteriores, realiza un análisis de las producciones cerámicas como no se había hecho hasta ahora en las tierras de la Iberia céltica, construye un modelo para ulteriores investigaciones, apunta interpretaciones que van directamente al corazón de la gente de la Edad del Hierro, y —haciendo todo eso—, establece un hito memorable en la arqueología del periodo. La obra está perfectamente a la altura de la gran tradición que constituye la *Bibliotheca Praehistorica Hispana* (BPH), fundada por el Prof. Martín Almagro Basch en 1958 y vinculada desde entonces al CSIC, donde han aparecido obras de la mayor importancia para la prehistoria de nuestro país. A pesar de que el autor dice que es un punto y seguido, habrá que esforzarse mucho por continuar con el mismo acierto y claridad de ideas en los próximos años.

GONZALO RUIZ ZAPATERO
Universidad Complutense de Madrid

⁴ En la línea de lo que iniciaron, entre otros, Foster (1989) y también Hasgü (2015). Y, especialmente, estudios etnográficos de talleres alfareros como Sari *et al.* (2012).

⁵ Cada vez con más estudios generales (Berg, 2020) y, sobre todo, comparativos (Baldi y Roux, 2016; Roux y Jeffra, 2015; Thér, Mangel y Milos, 2017; y el propio autor, recientemente, en Padilla Fernández, 2021).

⁶ Para el Mediterráneo, véase Alonso Martínez (2015, 2017); y para el área continental, Jaccotey *et al.* (2013).

PREÁMBULO

¿Por qué hacer en pleno siglo XXI una investigación que estudie de nuevo la cerámica meseteña de la Edad del Hierro? A buen seguro, esta pregunta ha debido ser frecuente entre aquellos que, por unas causas o por otras, hayan leído el título de este trabajo. Sobre todo, si se sabe de la existencia del prolijo número de tesis doctorales, artículos y monografías que abordan pormenorizadamente las características de los conjuntos cerámicos asociados a esta época. Además, la celebración en estas últimas décadas de una gran cantidad de seminarios, simposios y exposiciones temáticas acerca de la etapa previa a la llegada de Roma en la Península Ibérica han convertido este periodo en uno de los momentos históricos más conocidos e ilustrados de la historia de España. Probablemente, otro aspecto que también habrá llamado la atención del lector habrá sido la elección del yacimiento de Las Cogotas como eje director de la estructura de este. Y es que este asentamiento abulense, al haber sido excavado desde hace casi cien años y ser objeto de un buen número de publicaciones, se configura como uno de los pilares en torno a los que se construyen los discursos históricos de la Hispania prerromana que se aprenden en las escuelas, los institutos y las universidades.

Teniendo en mente todo lo dicho, ¿qué sentido tendría realizar entonces un proyecto de investigación basado en el análisis de un registro arqueológico ya interpretado y completamente asumido por la sociedad? La pretensión por indagar un poco más en las características propias del alfar de Las Cogotas fue más que suficiente para que se planteara en 2010 un nuevo estudio sistemático que revisara los materiales encontrados en él y analizara sus contextos asociados. En este caso, se marcó como objetivo principal la

reconstrucción del proceso productivo cerámico de este taller para tratar de fortalecer un alegato socioeconómico, basado en la ley de la oferta y la demanda, que justifica la existencia de este tipo de centros cerámicos especializados a finales de la Edad del Hierro. *A priori*, la determinación de cinco fases de manufactura que permitían la consecución de recipientes estandarizados y de alta calidad parecía confirmar en un principio el relato establecido, aunque siguieron quedando bastantes incógnitas por resolver.

El deseo de indagar en estas incógnitas fue el motivo que marcó el inicio de las líneas que estas palabras introducen. La curiosidad por examinar asuntos técnicos tan interesantes e incomprensibles como la existencia de producciones a mano en un centro productor de cerámica a torno, la presencia de formas cerámicas idénticas elaboradas indistintamente tanto a mano como a torno o la evidencia de huellas materiales adscritas a tornos bajos de mano se convirtió en un buen punto de partida que acabó confirmando la necesidad de realizar cambios de enfoque para poder reinterpretar discursos históricos ya instaurados. Asimismo, la lectura de publicaciones como las escritas por Almudena Hernando o Alfredo González Ruibal en la editorial Akal (2002, 2003) dejaron al descubierto un horizonte repleto de alternativas teóricas. En este caso, la asimilación de planteamientos epistemológicos postestructuralistas a través de una arqueología de la identidad y la concepción de la etnoarqueología como una disciplina imprescindible para conectar a las personas con sus objetos marcaron un verdadero punto de inflexión que empezó a transformar la manera de reflexionar y entender el pasado. Probablemente, en este no habría sido todo tan sencillo, predecible y razonable como

se suele imaginar, entre otras cosas porque las estructuras sociales, económicas e ideológicas de aquella gente serían radicalmente opuestas a las impuestas actualmente por el marco capitalista de Occidente.

Esta obra tiene la intención de materializar la realidad de la Edad del Hierro meseteña en el occidente de Iberia. Para ello, se pretende romper con una visión convencional de la arqueología que, en ocasiones, parece olvidar el papel de la cultura material como el elemento tangible por excelencia para investigar a los grupos humanos a los que pertenece. Profundizar en las identidades de la Edad del Hierro se convierte, por tanto, en el principal objetivo de este trabajo. Ahora bien, para desgranar con garantías el modo en el que se construirían y funcionarían estas identidades, y sus diferentes unidades, es indispensable contar con herramientas teórico-metodológicas perfectamente definidas. En esta ocasión, la gran influencia de pensamientos procedentes de la teoría de la agencia y de la arqueología simétrica marca la disposición de un hilo conductor orientado en torno a una visión antropológica de los objetos.

La fortuna de haber nacido y crecido en un ambiente de tradición alfarera de más de seis generaciones, la ventaja de poder acceder a una muestra material bastante significativa en términos de cantidad y el conocimiento de una parte muy importante de ella por la realización de exploraciones previas (Padilla Fernández, 2011, 2013) han motivado que la balanza se incline en favor de la cerámica como principal fuente de registro en este estudio. A pesar de que siempre se han tenido en cuenta todos los elementos culturales documentados en el ámbito contextual, los conjuntos cerámicos son los verdaderos protagonistas.

El interés por encontrar a toda costa a las personas a través de la cerámica arqueológica ha propiciado la ejecución de los análisis que, aparte de contemplar las características y sus propiedades finales, pretenden considerar el modo en el que tuvo lugar la organización de su producción. En este sentido, entender los conjuntos cerámicos como agentes activos estructurados y, a la vez, estructurantes del ámbito cultural al que corresponden exige el desgranamiento pormenorizado de su secuencia de fabricación para vislumbrar cada uno de los factores sociales que directa o indirectamente pueden llegar a determinarla. El uso del concepto de *chaîne opératoire*, impulsado sobre todo desde la década de los ochenta por la escuela francesa de la antropología de las técnicas (Lemonnier, 1986, 1990, 1992), no solo ha respaldado la generación de interpretaciones ligadas a las diferentes tecnologías de la manufactura cerámica, sino también el contexto social y los esquemas de racionalidad asociados

a la configuración de tales tecnologías. En otras palabras, el examen íntegro de los fragmentos cerámicos que se conservan desde una perspectiva de producción, y su posterior conexión con una serie concreta de evidencias materiales presentes en el registro, han favorecido el entendimiento de todas las decisiones técnicas empleadas como hábitos y tradiciones culturales dinámicas que pertenecen a un sistema de valores específico. La asunción de esta realidad supone, al mismo tiempo, el entendimiento de la cultura material cerámica y sus expresiones tecnológicas como instrumentos excepcionales para realizar conjeturas de fundamento acerca de las identidades sociales propias de las comunidades del pasado.

Obviamente, tener en mente la fórmula creada por Alex Gibson y Hon Chairman, que estipula una relación de equivalencia e igualdad entre las personas y su cerámica (2003: v), no significa que su desarrollo sea fácil. Su aplicación es, de hecho, bastante complicada y requiere, como mínimo, el planteamiento de un proyecto de investigación que parta desde conceptos muy globales para ir descendiendo, poco a poco, hacia términos cada vez más precisos. La finalidad no es otra que la planificación de un análisis de interacción multiescalar, que permita transitar desde lo puramente material hacia lo plenamente social. De acuerdo con esto, se han articulado cinco capítulos modulares enlazados continuamente entre sí, que tratan de hilar un programa discursivo transversal y diacrónico orientado en dicha dirección.

El capítulo I arranca con la descripción del marco geográfico vinculado al sitio de Las Cogotas, pero también es una auténtica declaración de intenciones al abordar de primera mano el porqué de la gran heterogeneidad cerámica de este yacimiento. Desde el principio, se pone de manifiesto que la vida en el occidente de Iberia durante la Edad del Hierro podría haber sido mucho más compleja de lo que actualmente se reconoce. El capítulo II recoge el testigo y efectúa una puesta a punto de lo que se ha escrito y expuesto hasta ahora en torno a Las Cogotas. Como ya se ha referido anteriormente, este enclave arqueológico constituye uno de los asentamientos fundamentales para entender el sentido de la arqueología en España, una circunstancia que ha motivado numerosas interpretaciones en relación con sus restos. De igual modo, la ejecución de este repaso historiográfico sirve de reflexión y lanzadera para resaltar las preguntas que aún permanecen sin resolver sobre la gente de este yacimiento y el cuestionamiento de si, en pleno siglo XXI, sería necesaria una revisión concienzuda de los convencionalismos históricos que se utilizan como principal alegato para reconstruir el marco de la protohistoria a nivel peninsular.

Después de llegar a la conclusión de que, en efecto, otra historia puede ser posible, se afronta el capítulo III. En él se describen postulados teóricos alternativos a los tradicionales, que permiten repensar la cultura material y otorgan valor a su capacidad de agencia. A la par, se medita sobre la identidad, sus distintos significados y sus infinitas facetas; se asume finalmente que el ser humano no tiene sentido sin identidad, y viceversa, por lo que la lógica de cualquier discurso histórico siempre debería estar condicionada por el afán de averiguar la idiosincrasia de las identidades del pasado. Tal y como se ha indicado unas líneas más arriba, el conocimiento de la tecnología se posiciona como una de las vías más apropiadas para conseguir esta empresa. Tras el desgranamiento detallado del concepto de *châine opératoire*, se sientan las bases de un método centrado en el estudio tecnológico sistemático de cada uno de los conjuntos cerámicos documentados en Las Cogotas.

El capítulo IV está dedicado enteramente a recoger y ordenar todos los datos técnicos recabados tras el análisis exhaustivo de más de 5000 piezas cerámicas adscritas a los diversos grupos tipológicos que definen la Edad del Hierro en Las Cogotas y en el occidente de la Meseta. El total del material registrado pertenece íntegramente al asentamiento de Las Cogotas, que fue descubierto durante diferentes campañas arqueológicas. Concretamente, procede de las excavaciones dirigidas por Juan Cabré, tanto en el poblado como en la necrópolis, durante los años veinte, de los trabajos liderados a finales de los ochenta por Gonzalo Ruiz Zapatero y el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense en el denominado como *segundo recinto del asentamiento*, y de las labores puntuales de consolidación y restauración realizadas en el poblado por Rosa Ruiz Entrecañales y Alma María López Guerra en el 2004. El Museo Arqueológico Nacional y el Museo de Ávila son las instituciones encargadas de atesorarlo. La Facultad de Geografía e Historia de la Complutense también guardaba provisionalmente una buena parte de los materiales documentados en las excavaciones del alfar en

el momento de la realización de este estudio. La observación de sus características morfológicas y tecnológicas ha posibilitado la composición de varias *châines opératoires*, que son las que verdaderamente encierran las identidades de aquellas personas que en su día las perfilaron y materializaron.

El capítulo V trata precisamente de averiguar estas identidades, a través de su comparación y de su puesta en relación con los mecanismos de poder. Mediante la subdivisión de este apartado en tres secciones, se maduran los resultados técnicos obtenidos en su contexto y se recapacita sobre determinados aspectos intangibles que, en cierta medida, acaban desenmascarando los rasgos sociales, étnicos y simbólicos de las comunidades que protagonizaron la vida en Las Cogotas hace más de dos mil años.

Finalmente, se articula una pequeña conclusión que no solo resume de forma sintética las claves principales de este trabajo, sino que también deja la puerta abierta al desarrollo de futuras investigaciones.

Antes de comenzar, son necesarias dos puntualizaciones. La primera de ellas tiene que ver con el uso neutro de la palabra *alfarero*. Pese al empleo frecuente de términos menos androcéntricos como el de artesanado, se ha recurrido al vocablo de *alfarero* para hacer referencia a las personas ligadas a la función de crear recipientes cerámicos, valiéndose únicamente de sus propias manos o de utensilios elaborados *ex profeso* para ello. En el caso de tener que hacer referencia al género o edad particular de estas personas por necesidades expresas del discurso, se detallará de manera conveniente. La segunda de estas puntualizaciones se refiere al estilo elegido para redactar este texto. Como si de un ensayo se tratara, se ha seleccionado como más conveniente la tercera persona del singular para escribir en prosa ideas con carácter y estilo personal, que son consecuencia de lecturas individuales, debates en seminarios y congresos y charlas enriquecedoras con compañeros de profesión. Por ello, la carga de responsabilidad de todo lo que aquí se plasma recae absolutamente en la figura del autor.